



La pequeña iglesia de Milly-la-Fôret resultó insuficiente para acoger a los innumerables amigos del poeta desaparecido que quisieron rendirle su último homenaje. El «tout Paris» de las letras y las artes había querido sumarse a la despedida del creador de «Orfeo». Acompañan al fúnebre cortejo unas cinco mil personas.

## UNA LIRA DE FLORES PARA COCTEAU

**N**O ha habido el tumulto, los gritos, el revuelo que han presidido las exequias de Edith Piaf. Jean Cocteau ha tenido el entierro que él deseaba en el pueblito en que vivía desde hacía diecisiete años, Milly-la-Fôret, cerca de París, a cincuenta kilómetros.

Solamente sus amigos le dieron el último adiós un frío miércoles de septiembre por la mañana. Pero sus amigos eran muchos. Fueron, en total, cinco mil personas las que acompañaron los restos mortales desde el ayuntamiento, donde estaba instalada la capilla ardiente, hasta la iglesia y, por fin, al cementerio, donde se procedió a la inhumación.

**SIGUE**

COCTEAU



A la izquierda, Marlene Dietrich, apoyándose en Gilbert Bécaud, abandona, la última de todos, el cementerio. Arriba, Roland Petit, el famoso coreógrafo, dando rienda suelta a su dolor ante la mirada serena de su estrella favorita y compañera en la vida real, Zizi Jeanmaire. A la de-

Todos han sido puntuales a la cita: los académicos, con uniforme verde, Marcel Achard, Jean Ronstand, René Clair y André Maurois. Encabezaba el cortejo el joven pintor Edouard Dermit, hijo adoptivo del poeta, y Jean Marais, su amigo de siempre que no trataba de ocultar sus lágrimas. Grandes personalidades del arte, de las letras, del cine, de la danza: Jean Sablon, Marlene Dietrich, Mathieu, Saint-Laurent, Roland Petit, Serge Lifar, Zizi Jeanmaire, Gilbert Bécaud, Daniel Gélín, Jean-Claude Brialy, Foujita...

Por las calles de Milly, todo el mundo, incluso los niños de la escuela que habían acudido a despedir los restos mortales de Cocteau, hablaban en voz baja.

A las once y media, una vez terminado el oficio religioso y cantado el responso por los



recha, los dos hombres que compartieron más de cerca la vida de Cocteau, Jean Marais y Edouard Dermit, que iba a ser nombrado hijo adoptivo del poeta, y que, después de haber intervenido como actor en varios de sus films, se encuentra actualmente dedicado a la pintura.

coros de San Eustaquio, el cortejo se dirigió hacia el pequeño cementerio de la capilla de San Blas. Y allí, justamente detrás de esta capilla, antaño reservada a los leprosos y que decorara Jean Cocteau, tuvo lugar la inhumación de los restos del poeta.

Por última vez, la inmensa multitud de sus amigos se inclinó sobre la tumba. Y Jean Cocteau, sin duda, hubiera sabido admirar los obsequios simbólicos que se depositaron en ella: una lira y una paleta de pintor confeccionadas con flores, además de innumerables coronas ofrecidas por sus admiradores, célebres o anónimos.

La sangre de un poeta no circulará ya más que bajo la tierra convertida en losa fúnebre. Y el mito de Orfeo —que Cocteau glosara en sus poemas cinematográficos— no se repetirá ya en él. (Reportaje EUROPRESS.)



Cocteau había dedicado en los últimos años atención preferente a la pintura. El eterno flequillo de Foujita y los lazos y enormes bigotes de Mathieu testimonian la asistencia de una importante representación de los pintores afincados en París al entierro de un hombre que a través de su vida tocó a todas las artes.

